

Trujillo 28-03-02

TÓPICOS

Por Camilo Perdomo Profesor investigador activo-ULA-NURR

camise@cantv.net

DIOS HA MUERTO Y CON ÉL EL HOMBRE

El motivo del tópico de hoy no es mostrar algo ya común en la tradición cristiana como es el de conmemorar (en la denominada semana mayor) la muerte de Cristo como la muerte de Dios. La intención es recordar una contribución bien importante de F. Nietzsche a la filosofía con el célebre texto: El insensato y donde se refirió a esta descomunal frase: <Dios ha muerto>, frase con la cual puso en su sitio el debate postmoderno sobre los valores en la era moderna de la ciencia. En este sentido, hablar de la muerte de Dios sigue siendo un acto discursivo que invita a perder la inocencia en eso de verle al hombre cualidades para que sea mejor en sus relaciones con los otros. En ese texto nos dice Nietzsche lo siguiente: <Ha escuchado usted hablar de ese hombre loco quien a plena luz del día alumbraba con una linterna y corriendo por la plaza pública grita sin cesar: ¡Yo busco a Dios, yo busco a Dios! Como él se encuentra donde hay mucha gente que no cree en Dios, su grito provoca risas sostenidas. Unos dicen: ¿Está perdido ese hombre?, ¿por qué se comporta como un niño?, dice otro. ¿Será que ese hombre tiene temor de nosotros? Agrega otro. Y al rato el loco salta en el medio de todos con una mirada transparente y perdida y pregunta: ¿Dónde ha ido Dios, grita de nuevo? Yo se los voy a decir: nosotros lo hemos matado. Ustedes y yo, ¡todos nosotros somos sus asesinos! Pero ¿cómo nosotros hemos hecho? ¿Cómo nosotros hemos vaciado el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para limpiar el horizonte?...¿Dónde iremos luego nosotros?...Los dioses, ellos también se descomponen. Dios está muerto, Dios permanece muerto y somos nosotros quienes lo hemos matado...> Este interesante texto no termina aquí, sin embargo he pensado que resume buena parte de la idea sobre las implicaciones de la muerte de Dios para nuestra cultura hoy. En efecto, la iglesia cristiana conmemora la vida pasión y muerte de Jesús, a quien Nietzsche llama el crucificado, como algo vinculado a la muerte de un hombre para salvar del pecado a los hombres en la tierra. ¿No será válido leer la muerte de Jesús como la muerte de un Dios fuerte que termina dejando a las libres circunstancias de la vida a su hijo? ¿Será válido admitir que ese Dios ha sucumbido ante otros poderes donde el equilibrio y la solidaridad están hoy lejanos? ¿Ese poder de Dios para que la vida sea en el hombre motivo de regocijo ha desaparecido con la muerte de Jesús el crucificado? La muerte de Dios es por un lado una tragedia para los creyentes inocentes, pero un motivo de regocijo para los que aspiran un mundo libre y sin ataduras. En el mundo griego la vida de los hombres transcurría entre dos dioses similares a los seres terrenales. De un lado Apolo como algo similar a la razón y la luz del día. Por el otro, Dioniso como algo similar a la noche y a las tentaciones de la carne. Ambos dioses asumieron el conflicto humano y mantuvieron el equilibrio propio de una existencia caótica y difícil para los humanos. El poder fue algo similar a la lucha del día y de la noche y en eso los dioses asumieron sus roles. Con la llegada del cristianismo nace un mundo donde los hombres son débiles en tanto siempre van a estar sometidos a los caprichos de un Dios que dice ser poderoso, pero que a su vez no tiene respuestas puntuales para los conflictos donde el mal es consustancial al hombre. Es ese Dios el que, en palabras de Nietzsche, se ha descompuesto con su

cadáver y por lo tanto cuando tiene dificultades para convivir con la libertad humana murió. La muerte de Dios es la muerte de los valores de una cultura que por una parte invita a ser mejores y por la otra es factor de guerras y destrucción y, por ello Nietzsche apenas señala a los responsables como una manera de acabar con ese manipulador discurso de la culpa vía pecado original. Si algo tiene este siglo dominado por la libre circulación de la información son los datos de las guerras humanas: en buena parte de ellas la causa ha sido el factor Dios. Es como si por cada muerte que las guerras provocan se mostrara un pedazo de la responsabilidad de Dios en ellas. Todas las pasiones humanas: la envidia, la codicia, los celos, la ambición, la avaricia, el odio y la venganza están presentes en el discurso con el cual Dios pretende cambiar la naturaleza humana una vez que la cultura romana cayó en el vacío. De tal manera que pareciera una contradicción el que ese Dios viva y a la vez el hombre (como su objeto mejor creado esté libre de mal). Es con la muerte de Dios que ese hombre tiene la posibilidad de liberarse y ser autónomo en la tierra. La construcción de un saber ilimitado donde la genética aparece como la válvula de escape vendría a ser el espacio de esa autonomía. Ha muerto Dios y su cadáver comienza a heder.